

es dado conocerlas á cuantos tienen uso de razón, con sólo que utilicen su razón. Y hay algunas cosas que—como dijo Aquel cuyas enseñanzas le valieron la befa y la persecución de los altos sacerdotes, Aquel que fué crucificado por la sociedad culta, que hablaba con la voz de quienes no sabían lo que se decían—se esconden á los sagaces y á los prudentes y son reveladas á los niños.

Hay que discurrir recta y claramente buscando la raíz del problema planteado. Las ideas sobre los problemas sociales se hallan tan repletas de confusión y de perplejidad, que los anhelos de la gran masa de hombres que tiene la obscura pero intensa sensación de la injusticia, son orientados en todos los países cultos hacia remedios fútiles ó perniciosos. Débese esto, en gran parte, á que aquellos hombres que tienen mayor autoridad intelectual, como conocedores de las leyes sociales y económicas y asumen la dirección del pensamiento colectivo, consagran sus facultades no á demostrar en qué reside la injusticia, sino á obscurecerla y á ocultarla; no á iluminar la conciencia y el pensamiento común, sino á confundirlo y desorientarlo más y más.

VI

ECONOMÍA POLÍTICA

La Economía política debe resolver el problema.—Posibilidad de que constituya una ciencia.—El orden económico y el social se rigen por leyes inmutables.—Objeto de la Economía política.—Punto de partida de sus razonamientos. Sencillez y claridad de esta ciencia.—Los intereses particulares la han obscurecido.—Confianza que merece la razón humana.—La reforma social y el influjo de la verdad. Concurso de la mujer.

La persistencia de la miseria en medio del gran crecimiento y de la enorme acumulación de la riqueza, es un fenómeno económico; por tanto, el determinar la causa de ese mal y señalar el oportuno remedio, corresponde á la ciencia que se ocupa en estas cuestiones, á la Economía política; á ésta hemos de pedir la contestación á las interrogaciones que la conciencia y el corazón formulan á la vista del lamentable espectáculo social. ¿Puede haber una ciencia de la Economía política? Podrá discutirse cuando está formada esa ciencia, es decir, cuando nuestro conocimiento de las leyes económicas y de las naturales es tan amplio, tan com-

pleto y tan claro, que merezca el título de ciencia. Pero quienes reconozcan que el mundo en que vivimos está regido en todos sus órdenes por leyes, no pueden discutir la posibilidad de que llegando á conocerlas, llegue á existir también la ciencia donde se armonizan y juntan los parciales conocimientos.

El orden económico y el orden social están regidos por leyes que es necesario descubrir. El dominio de la ley no está circunscripto á la naturaleza física: abarca tan exacta é inflexiblemente también el Universo mental y moral; y el desenvolvimiento social, como la vida social, tienen leyes tan inmutables como las de la materia y el movimiento. Para hacer sana y feliz la vida social, es indispensable hallar esas leyes y acomodarlos á ellas en la prosecución de nuestros fines.

La Economía política no es un conjunto de dogmas; es la explicación de ciertos grupos de hechos. Es la ciencia que procura trazar las relaciones existentes en la sucesión de ciertos fenómenos, y enlazar el efecto con la causa. Hace exactamente lo mismo que las ciencias físicas procuran hacer con otros grupos de fenómenos. Para elevarse, construye sus cimientos sobre tierra firme. Las premisas de donde saca sus deducciones, son verdades que han obtenido la más alta sanción, axiomas que todos admitimos, y sobre los cuales hemos reposar tranquilamente nuestros raciocinios y actos en la vida diaria; estos axiomas pueden resumirse en la fórmula metafísica de la ley física de que el movimiento sigue la línea de menor re-

sistencia, á saber: que «los hombres procuran satisfacer sus deseos con el menor esfuerzo». Partiendo de una base tan firme los métodos de la Economía política, que consisten sencillamente en identificar y separar, poseen la misma certidumbre. En este sentido la Economía política es una ciencia tan exacta como la Geometría, la cual, de verdades análogas relativas al espacio, obtiene sus conclusiones por medios semejantes: y las conclusiones de aquéllas, cuando sean lógicas, serán tan evidentes como las de ésta.

Pero entre todas las ciencias, la más sencilla es la Economía política. No es más que la comprobación intelectual, en lo que corresponde á la vida social, de aquellas leyes que, en su aspecto moral, los hombres reconocen instintivamente, leyes contenidas en las sencillas enseñanzas de Aquel á quien el pueblo oía gratamente. Pero como el Cristianismo, el Economía política ha sido falseada por instituciones que, negando la igualdad y la fraternidad del hombre, se han apoderado de la autoridad, han acallado las objeciones y han sustituido á las razones los prejuicios.

A esta obra de falseamiento han contribuido los intereses particulares. El poder de un interés particular, aun opuesto al interés general, así como su influencia sobre el espíritu colectivo para hacer que los sofismas pasen por verdades, es un hecho capital sin el que no podría entenderse la Historia política de nuestro tiempo y nuestras gentes, ni la de otros tiempos y otras generaciones. Un número de individuos relativamente pequeño, cuyos

pensamientos y cuyos actos estén de acuerdo virtualmente, aunque no es preciso que también lo estén en fórmulas externas, por el ascendiente de algo que pueda hacerlos individualmente ricos sin añadir nada á la riqueza general pueden ejercer un influjo que rebase los límites de toda proporción con su número. Un interés particular de esta clase es á los intereses generales de la sociedad como un ejército permanente á una muchedumbre desorganizada. Al especializarse, gana en intensidad y energía, y en la riqueza que toma del patrimonio común encuentra fuerza para influir en la opinión. A la riqueza acompañan el tiempo disponible, la cultura y las circunstancias y condiciones que infunden respeto; y aquélla también pone á su servicio la capacidad intelectual. Por otro lado, quienes sufren la injusticia que toma de los muchos para enriquecer á los pocos, carecen por esto mismo de tiempo para pensar y de ocasiones aprovechables, educación é ingenio bastantes para dar á sus pensamientos una forma grata. Estos son inevitablemente los analfabetos, los ignorantes, los vulgares, inclinados por la misma conciencia de su propia debilidad á buscar sus directores y guías en aquellos que disfrutan de las superioridades que la posesión de la riqueza puede dar.

Por esta confusión que las ideas más claras han llevado á los intereses particulares, debemos abstenernos de aceptar lo que pasa como verdades reconocidas, y descubrirlas por nosotros mismos utilizando nuestra razón. Puede ser discreto des-

confiar de los conocimientos adquiridos, y hasta que desconfiemos de nuestros propios raciocinios mientras no los hayamos comprobado. De lo que no se puede desconfiar es de la razón en sí misma. Verdad es que las facultades con que la razón humana tiene que operar son limitadas y están sujetas á deficiencias y fracasos; esto nos lo enseña la razón misma en cuanto principia á examinar lo que se halla en torno nuestro y vuelve sus ojos para mirar hacia la propia conciencia. Pero la razón humana es la única razón que pueden tener los hombres; no son capaces de utilizar otra; y suponer que la razón humana no ve la verdad en toda aquella extensión donde su luz puede llegar claramente, es no sólo suponer que el hombre que de tal modo piensa posee una razón superior á la humana, sino que niega todo valor á los pensamientos y reduce el mundo mental al caos.

La razón, pues, ha de ser el instrumento creador de la Ciencia de la Economía para llegar, al través de ella, á la reforma social. Esta no se consigue con voces y alborotos, con quejas y lamentaciones, con luchas de partidos ó con tumultos revolucionarios. La reforma social ha de ser la obra del avance del pensamiento y del progreso de las ideas. Hasta que se piensa con acierto no puede haber acción recta. Mas cuando el pensamiento es acertado, la acción recta lo seguirá inevitablemente. La fuerza para conseguir la reforma social está siempre en manos de las multitudes; lo que las oprime no es la fuerza ajena, es su propia ignoran-

cia, es la cortedad de vista de su propio egoísmo. A desvanecer esa ignorancia é iluminar ese egoísmo, todos hemos de contribuir y todos podemos contribuir. Nadie imagine que él carece de influencia. Quien quiera que sea y donde quiera que esté, el hombre que piensa es siempre una luz y un poder. Bastará con discurrir lógicamente; pero esto no se aprende en las aulas ni es fruto de un particular estudio. La facultad de discurrir lógicamente, es el resultado del cuidado en distinguir, de la cautela en combinar, de la costumbre de preguntarnos á nosotros mismos el significado de las palabras que empleamos, de asegurar un pie antes de mover el otro, y sobre todo, de nuestra lealtad hacia la verdad.

En la construcción de la economía política y en la obra de la reforma social, nos vemos privados de un concurso muy poderoso: la mujer. Estoy convencido de que es un gran error privarla de voz en los asuntos públicos, y que no aumentaríamos la atención, la inteligencia y el interés con que debe procurarse la solución de los problemas sociales de ningún modo más eficaz que emancipando á nuestras mujeres. En un estado social más rudimentario, la inteligencia de uno de los sexos puede bastar para la dirección de los intereses comunes; pero las cuestiones mucho más complejas, delicadas é importantes que el progreso de la civilización plantea, requieren el concurso de inteligencia de las mujeres lo mismo que la de los hombres, y esto no se obtendrá hasta que las intersemos en los negocios públicos. He llegado á pen-

sar que la mayor parte de la falta de atención, de la superficialidad, de la debilidad de conciencia que vemos manifestarse respecto á los asuntos públicos más palpitantes, son la consecuencia de esta exclusión á que nosotros sometemos á las mujeres. Porque nada llegará á interesar enteramente á los hombres, sino cuando á la vez interese á las mujeres. Hay quienes afirman que éstas son menos inteligentes que los hombres; pero, ¿habrá quien diga que son menos influyentes?

VII

TIERRA, TRABAJO, CAPITAL

Es necesario definir concretamente los términos económicos. Los tres términos fundamentales.—Significado del término «tierra».—Lo que comprende y lo que excluye.—La tierra es el factor pasivo de la producción.—También los propietarios de la tierra son factor pasivo.—Ejemplo de lo contenido en el término «tierra».—«Trabajo» —Identidad de los llamados «mental» y «manual».—Todo trabajo es, inicialmente, espiritual.—Ratificación del trabajo.—Cristo no podía ser más que trabajador.—Amplio alcance del término «trabajo».—El trabajo llamado «improductivo».—Clasificación del «no trabajador» —«Capital» —Su verdadero concepto.—Nace de la unión del trabajo con la tierra.—Sólo es un auxiliar del trabajo.—Sin el concurso del trabajo, el capital es estéril.—El capitalista no puede vivir sino trabajando él ó haciendo trabajar á otros.—El falso capital.—Un título de la Deuda no es capital ni riqueza, en sentido económico.—Cómo auxilia el capital á la producción.—Las primeras materias proceden de la Naturaleza ó tierra.—Cuando son capital.

Antes de aventurarse en la indagación de las leyes económicas es indispensable puntualizar el significado estricto de cada uno de los términos que en ella han de utilizarse, conservando bien presente en el espíritu este significado, á fin de

que su sustitución por otro inexacto, no nos induzca á los mismos errores á que ha inducido á la mayoría de los escritores y maestros de tal ciencia.

Los tres términos fundamentales son: tierra, trabajo y capital, porque son los tres factores de la producción. y aquéllos entre los cuales se reparte el producto.

El término tierra, en Economía política, significa el elemento natural ó pasivo de la producción y comprende todo el mundo externo accesible al hombre, con todos sus poderes, cualidades y productos, excepto aquellas porciones de ese mundo material que están transitoriamente incorporadas al organismo humano ó á los productos del trabajo del hombre y que, por tanto, temporalmente, pertenecen á otras categorías, las llamadas hombre y riqueza, aunque después, reabsorbiéndose en la Naturaleza, tornan á la categoría tierra.

La tierra sólo es un factor pasivo de la producción; este carácter pasivo no debe ser olvidado. La tierra no puede actuar por sí misma; no puede sino recibir la acción. Este carácter del factor tierra no se modifica ni desaparece cuando usamos tal término como expresivo de la gente que posee la tierra, ó sea los propietarios. Los propietarios pueden, con su trabajo ó con su capital, contribuir á la producción, es cierto, pero en este caso contribuyen como trabajadores ó como capitalistas. Pensar que el propietario, como tal, y en virtud de su derecho de propiedad de la tierra, contribuye á la producción, es cosa tan absurda como si un lu-

nático creyera que ser él propietario de la luna es la causa del brillo de ésta.

Interesa analizar con toda minuciosidad y precisión el contenido de este factor Tierra, porque de su defectuosa inteligencia dimanaban numerosísimos y transcendentales errores. «Escribo estas líneas en la playa de Long Island, donde la bahía de New-York se repliega hacia lo que llaman los Estrechos, casi enfrente de donde nuestros ladrones legales, los funcionarios de aduanas, abordan los vapores que arriban para invitar á los extranjeros á que hagan su primera declaración, y donde, si los juramentos falsos coloreasen el aire, la atmósfera sería más azul que el cielo en este hermoso día. Vuelvo mi máquina de escribir hacia la ventana, y con un placer que no parece mitigarse, me embriago en el glorioso paisaje. «¿Qué ve usted?» Si en el lenguaje usual me preguntaran esto, diría naturalmente: Veo tierra, agua, cielo, barcos, cosas, nubes resplandecientes, y al sol dibujando los contornos de éstas sobre los verdes altozanos de Staten Island y alumbrándolo todo.

Pero si la pregunta se refriese á los términos de la Economía política, diría: «Veo tierra y riqueza». La Tierra, que es el actor natural de la producción, y riqueza, que es el factor natural ya modificado por el esfuerzo del factor humano, trabajo, hasta acomodarlo para la satisfacción de los deseos humanos. Porque el agua y las nubes, el cielo, el sol y las estrellas que aparecerán cuando el Sol se oculte, son, en la terminología de la Economía política, tan tierra como la

superficie sólida del planeta, á la cual restringimos el significado de la palabra en el lenguaje ordinario.

La ventana, á cuyo través miro las flores del jardín; los árboles plantados en los huertos; el buey, que pace junto á ellos; el muelle, que se extiende bajo la ventana; los barcos anclados junto á los malecones y los botes que circulan entre ellos; el trasatlántico, que se balancea y arroja humo por su chimenea; los repletos barcos de recreo que cruzan; los remolcadores, con su ristra de barcazas; las fortalezas y edificios del otro lado de los Estrechos; los faros, que pronto comenzarán á lanzar sus destellos desde Sandy Hook; los gruesos elefantes de madera de Coney Island y los graciosos arcos del puente de Brooklyn, que pueden percibirse desde una pequeña altura, todo esto cae juntamente bajo el término económico «riqueza», tierra modificada por el trabajo en cuanto provee á la satisfacción de los deseos humanos. Todo aquello incluido en este panorama que existía antes de que el hombre viniese aquí, y permanecerá cuando el hombre desaparezca, pertenece á la categoría económica «tierra», mientras que todo aquello que ha sido producido por el trabajo pertenece á la categoría económica «riqueza», en tanto que conserve su cualidad de subvenir á los deseos humanos.

Pero sobre la costa de este lado, frente á la ventana, hay una parcela rectangular, de superficie seca, evidentemente ganada á los dominios del agua, acumulando rocas y tierras. ¿Qué es esto?

En el lenguaje ordinario, es tierra en cuanto se distingue del agua, y yo señalaría inteligiblemente su procedencia, hablando de ello como de «tierra fabricada». Pero en las categorías de la Economía política, no hay sitio para un término como éste, «tierra fabricada», porque el término «tierra» se refiere única y exclusivamente á los poderes productivos derivados en su totalidad de la Naturaleza, y en modo alguno á los derivados de la industria; y todo lo que sea y en la medida que lo sea derivado de la tierra mediante el ejercicio del trabajo, es «riqueza». Este trozo de superficie sólida, elevado sobre el nivel del agua acumulando piedras y escombros es, en las categorías económicas, riqueza y no tierra. Tiene tierra debajo y alrededor de él, y el material de que está compuesto ha sido sacado de la tierra. Pero en sí mismo, y en el lenguaje preciso de la Economía política, es riqueza, exactamente como los barcos que contemplo no son tierra sino riqueza, aunque también tienen tierra debajo y en torno de ello, y están compuestos con materiales extraídos de la tierra» (1).

El término Trabajo comprende todo esfuerzo humano aplicado á la producción de la riqueza, de cualquier modo que lo sea. En el lenguaje vulgar, hablamos con frecuencia de trabajo mental y trabajo manual, como si fueran dos clases de esfuerzo enteramente distintas; y del trabajo se habla muchas veces como si únicamente comprendie-

(1) *La Ciencia de la Economía Política.*

se el esfuerzo muscular. Pero en realidad, cualquier forma de trabajo, es decir, cualquier forma del esfuerzo humano aplicado á la producción de la riqueza que esté por cima del que los animales pueden hacer, requiere el concurso del cerebro humano tan indispensablemente como el de las manos del hombre, y sería imposible sin el ejercicio de facultades mentales por parte del trabajador. De hecho, el trabajo no es físico más que en su forma externa; en su origen es mental, y en un estricto análisis, espiritual.

El trabajo está santificado por el Cristianismo. Creo que nuestra religión, al consignar que Cristo se hizo hijo de un carpintero, y trabajó Él como carpintero también, trata de demostrar algo más que «el que no hay en ganar el pan mediante el trabajo, nada que deba avergonzarnos». Si fuera esto sólo, equivaldría á decir que Jesús, no robando á la gente, probó que en la honradez no había nada que debiera avergonzarnos. Si consideramos cuán verdadera es en sus líneas generales la clasificación de todos los hombres en trabajadores, mendigos y ladrones, comprenderemos que era moralmente imposible que Cristo, durante su permanencia en la tierra, hubiera sido otra cosa que trabajador, puesto que el que vino á cumplir la ley había de hacerlo tanto muriendo como obedeciendo la divina ley del trabajo.

Ved cuán plena y cuán hermosamente testifica esa ley la vida de Cristo sobre la tierra. Entrando en nuestra vida terrenal con el desvalimiento propio de la infancia, como está prescrito que todos

hemos de entrar, tomó amorosamente lo que en el orden natural es también ofrecido amorosamente, la subsistencia, obtenida por el trabajo, que una generación facilita á sus inmediatos sucesores. Hecho hombre, se ganó el sustento con el trabajo habitual con que la mayoría de los hombres han de ganárselo y se lo ganan. Y pasando á una más alta—en verdad la más alta—esfera de trabajo, ganó su subsistencia enseñando verdades morales y espirituales, recibiendo sus salarios materiales en las amorosas ofrendas de sus agradecidos oyentes y no rehusando los costosos perfumes con que María bañó sus pies. Así, cuando eligió sus discípulos, no buscó á propietarios ú otros monopolizadores que vivieran del trabajo de los demás, sino á hombres del trabajo usual, y cuando los llamó para un más alto orden de trabajo y los envió á enseñar verdades morales y espirituales, les dijo: que sin que hubiera concesión por una parte y humillación por la otra, podían tomar la amorosa recompensa de su trabajo, añadiéndoles que «el trabajador merece su salario», y demostrando así que no todo trabajo consiste en lo que se llama trabajo manual, sino que cualquier hombre que procure aumentar la plenitud de la vida en lo material, en lo intelectual, en lo moral ó en lo espiritual, es también un trabajador.

Debe, pues, tenerse bien presente que el investigador, el filósofo, el maestro, el artista, el poeta, el sacerdote, aunque no se consagren á la producción de riqueza, no sólo están consagrados á la producción de utilidades y satisfacciones para las

cuales la producción de riqueza sólo es un medio, sino que, adquiriendo y difundiendo la cultura, estimulando las facultades mentales y elevando el sentido moral, pueden aumentar considerablemente la capacidad para producir riqueza; porque el hombre no sólo vive de pan, el hombre no es una máquina á la que cierta cantidad de combustible da una cantidad de poder equivalente. Sobre la barra de un cabrestante ó en la gavia de un barco, á veces una buena copla vale tanto como el concurso de algunos músculos, y en el fragor de un combate, las notas de una «Marsellesa» ó del «Himno guerrero de la República», valen por un puñado de bayonetas. Una sana risa, un noble pensamiento, una percepción armónica, pueden aumentar el poder de ejecutar aun tratándose de cosas materiales.

Por esto, quien por un esfuerzo del entendimiento ó de su cuerpo aumenta la suma de riqueza disfrutable, ó el caudal de la cultura ó comunica á la vida humana mayor elevación y plenitud, es, en el amplio sentido de las palabras, un «productor», un «obrero», un «trabajador», y gana honradamente salarios honrados. En cambio, el que nada realiza para hacer al linaje humano más rico, más inteligente, mejor ó más feliz, y vive de la actividad de otros, ése, cualquiera que sea el nombre honorífico con que se le designe, por muy bríosamente que los sacerdotes de Mammon columpien ante él los incensarios, en último término, no es más que un mendigo ó un ladrón.

El capital, que en sí mismo no es un elemento

separable, sino que consiste en riqueza aplicada para ayudar al trabajo á una posterior producción, no es un factor primordial. Sin capital, puede haber producción; más aún: tiene que haber existido producción sin capital, puesto que éste es simplemente riqueza acumulada, hija del trabajo. Es un factor secundario y complementario, que viene después y como resultado de la unión del trabajo y la tierra en la producción de la riqueza. Esencialmente es trabajo, elevado por una segunda unión con la tierra á constituir un tercero y más alto poder. Mas, aún cuando el capital hijo del trabajo y de la tierra sea únicamente un factor auxiliar del primero, en la vida civilizada es tan necesario é importante que, justificadamente, se le ha concedido en la Economía política un puesto al lado de aquellos otros dos que lo engendran y el carácter de tercer factor en la producción.

Como nota característica, debe observarse que el capital por sí mismo no puede hacer nada. Siempre es un factor subsidiario, nunca inicial. El factor á quien corresponde la iniciativa siempre es el trabajo. Es decir, en la producción de la riqueza siempre es el trabajo el que emplea al capital, y nunca el capital el que emplea al trabajo, á pesar de la apariencia contraria. Ese hecho no sólo es enteramente verdad cuando por la palabra capital significamos la cosa «capital», sino que también lo es cuando personificamos el término y significamos por éste, no ya la cosa «capital» en sí misma, sino los hombres que lo poseen. El capitalista puro y simple, el hombre que sencillamente dispone de

capital, tiene en sus manos el poder de auxiliar al trabajo para producir. Pero ese poder no puede ejercitarlo exclusivamente como capitalista; sólo puede ser ejercitado por el trabajo. El capitalista, para utilizar ese poder, tiene que realizar por sí mismo alguna de las funciones del trabajo ó poner su capital, mediante ciertas condiciones, á disposición de aquellos que trabajan.

Entendido el vocablo capital en su verdadero significado, ó sea riqueza producida por el trabajo y destinada á la producción de más riqueza, excluirémos de la categoría económica capital todo lo que puede ser considerado como perteneciente á las otras dos categorías: tierra ó trabajo. Haciendo esto, para precisar bien los confines de la palabra capital, quedarán tan sólo como pertenecientes á éste aquellas cosas que no son tierra ni trabajo, pero que han resultado de la unión de esos dos factores primarios de la producción. Nada que no provenga de éstos puede ser propiamente capital; es decir, no puede ser capital aquello que no sea riqueza.

Así, un título de la Deuda no es capital, ni siquiera representa capital. El verdadero capital que recibió el Gobierno á cambio de ese título de la Deuda, ya ha sido consumido improductivamente; ese capital lo han disparado las bocas de los cañones, se ha empleado en barcos de guerra, se ha consumido en sostener hombres uniformados y disciplinados ó en hacer que éstos mataran y destruyeran. Por consiguiente, el título de la Deuda no puede representar lo que ya no existe: un ca-

pital que ya ha sido destruído. No representa capital alguno. Es sencillamente una declaración solemne de que el Gobierno tomará un día, mediante los impuestos, cierta cantidad de riqueza de la suma total de ella existente en el país, y que esa cantidad de riqueza se la entregará entonces al individuo; y que, mientras tanto, tomará periódicamente del mismo modo lo necesario para dar al poseedor de ese título el interés que un capital equivalente al que algún día le reintegrará, podría producirle al poseedor del título si actualmente estuviera en sus manos. Las sumas inmensas que de este modo se arrebatan al producto de cada país civilizado para pagar los intereses de la Deuda pública no son ganancias ó aumento de capital, no son realmente intereses en el sentido estricto de la palabra, sino tributos establecidos sobre el producto del trabajo y del capital, dejando otro tanto menos de aquél para distribuirlo en salarios y en verdaderos intereses.

Así, pues, el capital tiene que ser forzosamente riqueza; pero no es capital toda la riqueza, sino aquella parte de ésta empleada en procurarse más riqueza, con distinción de aquella otra parte que se utiliza directamente en la satisfacción de los deseos. Podrá, pues, definirse diciendo que es «riqueza durante el cambio».

De tres maneras auxilia el capital al trabajo en la producción de la riqueza, á saber: 1.^a, capacitando al trabajo para utilizar procedimientos más eficaces, como, por ejemplo, para arrancar mariscos con un instrumento, en vez de hacerlo con las

manos, ó para impulsar un barco quemando carbón en un horno, en vez de hacerlo á remo; 2.^a, capacitando al trabajo para utilizar las fuerzas reproductoras de la Naturaleza, como obtener granos sembrándolos previamente, ó ganados criándolos. Permitiendo la división del trabajo, y con ello, por una parte, aumentar la eficacia del factor humano en la producción de la riqueza, utilizando capacidades especiales, adquisición de la pericia y disminución de gastos; y, por otra, elevando los poderes del factor humano á su mayor altura, con el aprovechamiento de las ventajas que las diversidades del suelo, clima y situación pueden ofrecer, de modo que cada especial clase de riqueza sea obtenida allí donde la Naturaleza se muestre más favorable para su producción.

Finalmente, el capital no proporciona al trabajo, como erróneamente se cree, los materiales con que éste produce la riqueza; esas materias primas de la riqueza son suministradas por la Naturaleza. Mas cuando tales materias primas están ya parcialmente elaboradas, y durante todo el tiempo del cambio, desde que comienza su primera elaboración hasta que entran en poder del último y definitivo consumidor, son verdaderamente «capital».

RIQUEZA.—SALARIO

VIII

Estimación del valor: sus dos modos.—Cosas producidas por el trabajo y cosas no producidas por éste.—El nombre de riqueza pertenece sólo á las primeras.—La riqueza es la finalidad del trabajo productivo.—La verdadera riqueza sólo soporta muy limitada acumulación.—Las generaciones presentes viven de la riqueza que ellas mismas producen.—«Salario».—Salario es toda recompensa del trabajo.—Los salarios no salen del capital.—La sociedad primitiva y la sociedad civilizada: identidad de su funcionamiento. Los primeros salarios.—División del trabajo.—El trabajo produce, en realidad, lo que adquiere con su salario al través de múltiples cambios.—La moneda es un mero certificado social del trabajo hecho.—El trabajo precede siempre al salario.—El patrono paga el salario con capital creado antes por el propio obrero asalariado.—El capital propio del patrono, ni paga el salario ni lo adelanta siquiera.—El salario en dinero implica un previo contrato de cambio.—Ley de los salarios.—Principio fundamental de la acción humana y ley central de la Economía política.—El salario normal es equivalente de lo que un hombre podría ganar trabajando para sí mismo.—La oferta y la demanda de trabajo son siempre términos correlativos.—Sólo influyen en la diferencia entre los salarios de distintas ocupaciones.—Considerado el conjunto del trabajo y de las necesidades que aquél satisface, oferta y demanda se identifican.

El valor natural de las cosas ha de apreciarse de diverso modo, según se trate de cosas producidas